

DISCURSO DEL DIPUTADO EDMUNDO ELUCHANS URENDA AL ASUMIR COMO PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS DE CHILE

VALPARAÍSO, 3 DE ABRIL DE 2013

Señor Presidente, señoras y señores diputados, señoras y señores invitados a esta ceremonia, amigas y amigos:

La historia de la independencia de Chile está íntimamente ligada a la historia de nuestra Corporación. Y no sólo eso, la democracia en Chile tiene como primer germen el Congreso Nacional, que inicialmente constaba de una sola Cámara: ésta, la de diputados.

El primer Presidente de esta noble institución fue don Juan Antonio Ovalle Silva, quien en mayo de 1810, acusado de independentista, fue sometido a prisión y luego deportado. El 18 de septiembre de 1810 se instaló la primera Junta Nacional de Gobierno, lo que permitió el regreso, en octubre, de Ovalle. Diez meses después, el 4 de julio de 1811, Ovalle fue electo diputado por Santiago. Así se formaba el primer Congreso Nacional y Ovalle era elegido por sus pares como su primer Presidente.

Independencia, Libertad y Congreso Nacional, son parte de una misma familia de conceptos que resultan indisolubles, complementarios y que se retroalimentan. Por ello somos, cada uno de nosotros, depositarios de una larga y honrosa tradición que está asociada a la construcción de nuestros cimientos como país, a la estructura esencial de nuestro ser como Nación, a nuestra historia de logros, aciertos, tropiezos y fracasos.

La Cámara de Diputados es una institución bicentenaria donde se ha vivido y desarrollado parte muy importante de nuestra historia. Fue concebida y establecida por los fundadores de la Patria inspirados en los sueños de libertad de la gesta emancipadora y han pasado por ella los hombres y mujeres más destacados, los con mayor espíritu de servicio público y todos ellos y ellas, hermanados por el común afán de servir a Chile, de transformar esta, nuestra tierra común, en un país mejor, del que todos nos sintamos orgullosos y en el que todos se sientan acogidos.

No cabe duda, por lo tanto, que para mí y para quienes me acompañarán en esta Mesa, Joaquín Godoy, como primer vicepresidente y Pedro Velásquez, como segundo vicepresidente, es motivo de orgullo esta elección, pero más que ello, es una gran responsabilidad asumir el desafío de conducir esta institución republicana de tan alta jerarquía, como es la Cámara de Diputados.

Los más de 200 años transcurridos desde aquellos tiempos nos sorprenden hoy con nuevos desafíos. Es verdad que nuestro país ha enfrentado en el transcurso de su historia republicana fracturas severas y divisiones profundas. Hablamos,

obviamente, de los años 70 y 80 del siglo pasado, que es lo primero que viene a nuestra memoria, donde la convivencia ciudadana se hizo extremadamente compleja, y que esperamos nunca vuelvan a repetirse; sin embargo, es menester decir que también estamos hablando de la Guerra Civil de fines del siglo XIX y de las duras confrontaciones de las primeras décadas del siglo XX por la llamada Cuestión Social. Pero, aún así, finalmente, siempre, frente a esos hechos de beligerancia, violencia y desencuentro que registramos en nuestra historia, también está grabada a fuego nuestra capacidad para buscar acuerdos, establecer consensos, ser capaces de reconciliarnos y poner la mirada en las necesidades del futuro, de cara a las nuevas generaciones que no son responsables de las divisiones del pasado.

Y es por eso que podemos decir, sin temor a equivocarnos, que Chile es un país que se ha desarrollado enormemente en los últimos años. Es cierto que nos queda todavía mucho camino por recorrer, muy particularmente en lo relativo a terminar con la pobreza extrema, esa que hace indigna la vida, que es, estoy seguro, la mayor motivación que todos nosotros tenemos para estar en política. Pero también es cierto, que hoy ya no nos comparamos con nuestros vecinos ni con países de similar ingreso. Hoy nos comparamos directamente con los países más desarrollados del mundo, agrupados en la OECD.

Somos mirados con admiración por muchos países por nuestra transición, de la que todos somos coautores, y cuyos resultados son tangibles para la gente: mejores condiciones de vida, más trabajo, mejores condiciones de salud y educación, más protección para nuestros mayores y más dignidad para los más desvalidos.

Ello se ha logrado mediante la suma del esfuerzo de muchos: de gobiernos de distinto signo político, de parlamentarios de diversos partidos, de trabajadores, de empresarios, de profesores, de jueces, de millones de chilenos anónimos, de emprendedores y luchadores que aman a su tierra y trabajan por ella, y que quieren una vida mejor para ellos y sus hijos.

Sin embargo, este mayor desarrollo trae consigo problemas y desafíos que no son fáciles de resolver y que a ratos producen debates también más complejos. En Chile ya no discutimos de desnutrición, sino de obesidad; ya no nos urge sólo la cobertura en educación, sino que también su calidad y financiamiento; ya no nos preocupamos sólo acerca de cómo implementar nuevas políticas, sino también en cómo evaluarlas.

Estos problemas y debates, más complejos, son probablemente inimaginables para algunos de nuestros vecinos, que aún se enfrentan a economías inestables, a instituciones débiles, o a urgencias en aspectos esenciales que nosotros ya hemos superado hace varias décadas.

En estos tres años del gobierno del Presidente Sebastián Piñera, Chile ha avanzado mucho, y creo que el mayor avance es aquel que ha permitido que los

chilenos estén mejor y puedan ver el futuro con mayor optimismo. Pero, es cierto, todavía queda mucho por hacer.

En el Chile actual – más desarrollado y más complejo – las expectativas de las personas también han cambiado. El chileno ya no se conforma con tener trabajo; hoy quiere que su trabajo sea un vehículo de movilidad social. Los chilenos ya no se conforman con que sus hijos terminen el colegio, hoy quieren que accedan a la educación superior.

Estas nuevas demandas y expectativas también se relacionan con la política. Antes el elector esperaba que viniera alguien a solucionarle sus problemas. Hoy eso no basta. Hoy quiere participar de la solución de sus aspiraciones. Ya no se conforma con que el parlamentario vaya a hablarle, hoy quiere que se tome más tiempo en sus visitas y se siente a escuchar sus inquietudes.

Estoy convencido que parte de la desvalorización de la actividad política en general y de la función parlamentaria en particular, que hoy nos golpea, tiene que ver con que no hemos sido capaces de entender y dar respuesta a estas nuevas demandas. Pero el problema es aún más grave y aunque nos duela, debemos reconocer que el nivel de desprestigio y desaprobación de los parlamentarios, de los partidos políticos y de la actividad política en general es alarmante, lo que nos obliga a reaccionar con sabiduría y sentido de urgencia.

Todos los últimos presidentes de esta Corporación se han impuesto la tarea de enfrentar esta grave situación, y la verdad es que más allá de los éxitos alcanzados en otras áreas, en esta de revalorizar la actividad política y el quehacer público, hemos avanzado muy poco.

En esta hora solemne en que asumimos la conducción de esta Cámara, quiero decir que haremos los esfuerzos necesarios para que aquí se haga un buen trabajo, cumpliendo cabalmente con nuestras obligaciones constitucionales, legales y reglamentarias, para que se produzca un debate informado y respetuoso, para que seamos eficientes y para que seamos austeros; pero que nuestro mayor desafío será tratar de prestigiar nuestro quehacer parlamentario y dignificar a esta Cámara de Diputados. Está claro que en algunos pocos meses no vamos a poder revertir un proceso de deterioro que viene creciendo hace años, pero debemos marcar un quiebre en esta estrepitosa caída de la valorización que la ciudadanía hace de nuestra actividad. Esta tarea no es fácil y no la podemos llevar adelante solamente quienes integramos esta Mesa. Si no la entendemos como tarea de todos, nuevamente fracasaremos en este intento. Tampoco es solo responsabilidad de los diputados; también lo es de todos quienes aquí trabajan, pero, por supuesto que en nosotros los diputados cae la mayor responsabilidad y de entre nosotros, en quienes integramos la Mesa.

Para lograr el éxito no hay recetas mágicas y debemos partir con cuestiones tan básicas como la actitud que tenemos en esta Sala cuando un diputado está haciendo uso de la palabra. Estoy seguro que si solamente nos imponemos el

compromiso de ser tolerantes, respetuosos y serios, estaremos dando grandes pasos en la dirección correcta. En lo personal he tratado durante mi vida de cultivar estas virtudes, pero no puedo menos que reconocer que aun habiendo hecho esos esfuerzos, en esta Cámara – a veces sin darme cuenta – me he apartado de esa regla de conducta, lo que lamento y por lo cual me disculpo, asumiendo el compromiso de corregir ese comportamiento.

En el Chile de hoy, como en casi todo el mundo, estamos siendo testigos de movimientos sociales que, enarbolando las banderas de las nuevas demandas y expectativas a que ya nos referimos, están poniendo en duda nuestra capacidad y legitimidad para dar solución a los problemas de la hora presente. No seré yo quien cuestione la libertad y el derecho de esos movimientos para expresar sus inquietudes y peticiones, pero debemos tener claridad absoluta acerca de que en democracia quien está llamada a dar cauce y solución a dichas demandas es la política y sus instituciones republicanas, a través de los mecanismos que el Estado de Derecho establece. Y siendo esta Cámara de Diputados, por antonomasia, la sede del debate político en el país, claramente es aquí donde debe, principalmente, llevarse a efecto la discusión y alcanzarse la solución a las peticiones de los movimientos ciudadanos, de las comunidades, de los trabajadores, de las regiones y de los jóvenes.

Pero para que esa labor crucial podamos asumirla es imperativo que recuperemos frente a la ciudadanía el pedestal de honor en que históricamente se ha tenido a la Cámara de Diputados en Chile. Señoras y señores diputados, los invito a que extrememos los esfuerzos para lograr que el convencimiento que todos nosotros tenemos acerca de que la política es una actividad noble y digna de respeto, sea también la de los chilenos todos.

En estos días, por gentileza de don Adrián Álvarez, hasta hace pocos días Secretario de esta Corporación, en propiedad y en el ejercicio del cargo, - a quien si se me permite y haciendo un pequeño paréntesis en lo que vengo diciendo, aprovecho de agradecer los valiosos aportes que prestó por más de 45 años aquí en la Cámara de Diputados y con cuyo concurso seguiremos contando ya que desarrollará un importante trabajo en relación con la Jurisprudencia del Tribunal Constitucional - llegó a mis manos, repito, por su amable gentileza, un libro llamado simplemente “Prácticas Parlamentarias”, escrito en 1906 por don Ismael Valdés Valdés quien fue Presidente de esta Corporación durante 3 años entre 1894 y 1895, y luego entre 1904 y 1905. De ese texto, quiero compartir con ustedes algunos párrafos, que esperamos sirvan como guía de nuestro quehacer como Presidente. Don Ismael señala que: “El primer deber del Presidente es despojarse completamente de toda pasión política; mantenerse siempre digno, sereno y tranquilo, y más tranquilo y más sereno aun, en los momentos en que la Cámara pierde su serenidad y su tranquilidad.” Luego agrega: “Los diputados deben encontrar siempre en el Presidente un amigo benévolo y afectuoso; debe amparar discretamente al débil, al que está en abrumadora minoría, cansado, enfermo, al que ha confundido sus apuntes o perdido el hilo de su discurso.” Pero luego advierte: “No hay que exagerar tampoco la benevolencia, hasta caer en la

debilidad: cuando el Presidente ha perdido la esperanza de producir un acuerdo en la Cámara por medios conciliatorios, debe tomar su resolución en forma terminante y definitiva; de modo que no quede a los diputados que no aceptan su manera de ver otro camino que acatarla o atacarla. Rara vez se entra por el segundo camino, cuando se considera que el Presidente sabe bien lo que hace y cuando tiene la confianza de la Cámara.” Concluyo las citas con una frase magistral, que dice: “(El Presidente) Debe prever y evitar las dificultades que pueden presentarse, en vez de remediarlas una vez producidas: su éxito no está en vencer en la batalla, sino en que ella no tenga lugar.”

Al concluir estas palabras, quiero que se me permita recordar a mi padre Edmundo Eluchans Malherbe, que también representó a la región de Valparaíso en esta Cámara y que se desempeñó como su primer vicepresidente. Puedo decir con satisfacción y orgullo que no sólo fui su hijo que heredó su nombre, la pasión por el derecho y su vocación política, sino que mantuve con él una relación estrechísima hasta el día de su muerte hace veinte años. Por eso hoy, quiero contraer con mis familiares y amigos hoy presentes y, por cierto, con esta honorable Corporación, el compromiso de hacer de esta Presidencia una oportunidad de servir a Chile, como un aporte a la historia fecunda de esta Cámara y como una forma de honrar la memoria de mi padre.

Antes de terminar mis palabras, quiero agradecer a mi partido, la UDI, a mi partido amigo Renovación Nacional, al PRI, a los independientes y otros varios diputados que han concurrido a elegirme como Presidente de la Cámara de Diputados. Gracias por la confianza que han depositado en mí y espero, con la ayuda de ustedes, ser digno de esa confianza.

Agradezco también, y muy especialmente, a mi familia, a mi mujer Mana y a mis 5 hijos Edmundo, Pablo, Catalina, Martín y Fernanda, por el apoyo siempre generoso que me han dispensado para poder cumplir adecuadamente mis labores parlamentarias y antes que eso por los aportes invaluable hechos en los períodos de campaña. Pero más les agradezco su presencia y cariño permanentes, porque ello le da sentido a mi vida.

Concluyo mi intervención invocando a Dios y le pido que ilumine nuestros pasos en el cumplimiento de las altas funciones que hoy asumo junto a Joaquín Godoy y a Pedro Velásquez.

He dicho, muchas gracias.